



Editorial



Hna. Gloria Liliana Franco Echeverri, ODN
Presidenta de la CLAR

Estos últimos días hemos contemplado el éxodo de miles de personas. Caravanas de hondureños rumbo a Estados Unidos, miles de venezolanos, haciendo la travesía para cruzar las fronteras en dirección a Perú, Ecuador, Colombia... Mujeres, hombres, niños, cada uno con su historia a cuestas, con su dolor atrincherado en la memoria y en el corazón, con sus pies lastimados por el camino... Pero, todos y cada uno, firmes y con la esperanza inquebrantable en un futuro mejor.

A su paso, muchos se encuentran con gestos solidarios, con personas y movimientos que reivindican la dignidad humana, con lugares en los que se ensancha el espacio para hacer posible la acogida. Otros en cambio, experimentan la crudeza de la indiferencia, de los sistemas y los guetos sociales que se empeñan en crear fronteras y poner límites a los derechos, a las posibilidades, a lo humano.

Millones de personas, peregrinan en distintos recodos del planeta, en busca de “la tierra prometida”. Hoy más que nunca, nuestro mundo se desenvuelve en estado de éxodo. Y nuestra Iglesia en estado de conversión.

Han pasado 50 años y el eco de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano: Medellín 1968, sigue vivo y se ha hecho evidente en la cantidad de acontecimientos, congresos, seminarios, libros, cele-

braciones... que se han programado en los distintos continentes para hacer memoria, de lo que muchos consideramos un verdadero *kairos* eclesial.

Pero, no basta la memoria cuando son tantos y tan diversos los desafíos. Urge actualizar el compromiso, volver a lo fundamental, a la sencillez y profundidad del Evangelio, dejarse interpelar por el testimonio de quienes hicieron suyas las opciones de Jesús, sin temor a la condena y al martirio. Se hace necesario en clave de “ver, juzgar y actuar”, escuchar, discernir, comprometernos.

Nos hace bien recordar, que a los primeros cristianos, los llamaban “los del camino”, y que lo suyo fue la lógica del Espíritu que siempre conduce a salir. Nosotras/os, en este hoy de la Iglesia, cuando nos reconocemos más frágiles y vulnerables, más limitados y pecadores, más ávidos de encuentro y *sinodalidad*, también estamos llamados a peregrinar, a movilizarnos hacia un nuevo modo de ser Iglesia.

Nos corresponde peregrinar, no importa el lugar geográfico en el que nos encontremos. Lo nuestro en el hoy de la Iglesia, será asumir esa actitud vital que nos pone en salida y nos dispone para lo insospechado del Reino. Esa condición que nos sitúa desprovistos de seguridades, nos introduce en la lógica de lo gratuito, posibilita a que por el camino, nos reconozcamos hermanas/os y nos aferremos a la fe, a la esperanza, como trinchera para darle sentido a la vida y a la andadura.

La Asamblea de la CLAR, eligió para este trienio que comienza, el ícono de las Bodas de Caná. La constatación de que escasea el vino, de que se agota lo fundamental, nos lleva a desear transformación. Un nuevo modo de ser Iglesia, surge al eco de la voz de la Madre, que invita sin cálculos: “hagan lo que Él les diga”. Contemplar a Jesús, movilizarse, organizarse, tomar decisiones, transformar, será el imperativo para quienes desean que la fiesta se prolongue y en ella haya lugar para todas/os.

Que cada uno de los artículos contenidos en este número de la Revista de la CLAR, nos ayuden a disponernos para caminar como hermanas/os, en estado de éxodo, en actitud de conversión, hacia un nuevo modo de ser Iglesia.